

El Pasado sí perdona

Sara Carolina Durango Morales

Grado Noveno

Biblioteca Villa Guadalupe

Fundación Ratón de Biblioteca

Tallerista Carolina Campuzano Baena

Todo empieza con una pequeña historia familiar, aquella que destruye todo su núcleo. En la época de Pablo Escobar en la ciudad de Medellín, habitada por 135 mil personas, en el barrio de Aranjuez vivía un joven de 15 años llamado Cristian, de pelo oscuro, liso y muy engominado, las cejas juntas y despeinadas, con piel morena; cada vez que hablaba, alzaba las cejas y movía las manos de un lado para otro. Él vivía junto a su padre, que era un luchador y trabajaba por mantener a sus hijos lejos de lo malo, y su madre mujer débil, carente de afecto, de unos padres rigurosos, desesperada por el entierro de sus dos hijos, de 23 y 24 años de edad, y del tercero de 15 años que parecía buscar el mismo camino de la muerte.

A Cristian le gustaba el dinero fácil, al ver a sus amigos en carros de lujo y en sus motos, él se dejó llevar y comenzó a consumir popper, marihuana y perico, hasta convertirse en el dueño de las plazas de vicio. Cristian empezó a robar vehículos y a participar de las matanzas en el barrio de Aranjuez en 1999, a los 19 años.

Una mañana fría en la cascada La Virgen, ubicada en Aranjuez, Cristian junto a dos amigos llamados Joany y Andrés se encontraban robando un vehículo de color blanco con mercancía, cuando pasaron tres motos y una patrulla de policía, los cuales empezaron la persecución. El escándalo de la gente hizo que su padre se enterara, fuera al lugar y le pegara 2 cachetadas a Cristian diciéndole:

- ¿Por qué nos estás haciendo esto a tu madre y a mí?, ¿por qué nos vas a matar en vida si ya enterramos a dos?

Cristian se quedó en silencio y los policías se acercan a él diciendo:

- ¡Manos arriba! Tiene derecho a un abogado y derecho a una llamada. Todo lo que diga podrá ser usado en su contra.

“Sentía un dolor muy grande, impotencia de saber que había malgastado una parte de mi vida y me deprimí”, cuenta Cristian quien entró en el juzgado en medio de muchas personas que lo criticaban y lo miraban fijamente.

Lo acusaron de hurto agravado y calificado, y lo mandaron, por ocho días, a un calabozo en la estación de policías, en el barrio Villa Guadalupe.

“¡Uffffff!”, suspiró Cristian cuando estuvo enfrente del calabozo, un lugar oscuro con barrotes blancos y varios detenidos. Un celador con una voz muy firme, que da a entender que no tiene miedo a nada, lo empezó a registrar:

- ¡NOMBRE!
- Cristian Vásquez
- ¿EDAD?
- 15 años
- ¡PONGA EL DEDO ÍNDICE EN ÉL HUELLERO!

Cristian se drogaba allí y se le iban los días rápido porque sabía que iba a irse ligero. Al salir de la estación, el padre y la madre lo recogieron y se subieron a un taxi para llegar a la casa.

Perder la vista del mundo

El 17 de diciembre del 2001, en una tarde calurosa, Cristian estaba junto a un amigo en el barrio Laureles, con un arma de fuego, tratando de robar un vehículo Mazda verde oscuro, intimidando al joven conductor:

- ¡SALGA DEL CARRO YA!
- Tranquilo, tranquilo, déjeme yo saco una cosa de mi carro y se los doy.
- ¡RÁPIDO!

De un momento a otro el hombre sacó un revólver con el cual hirió a Cristian entre las dos cejas y le quitó el 10 % de la visión. Él creyó que se iba a morir, pero resistió y salió hacia la Clínica León XIII, donde lo dejaron esperando una hora y media hasta que lo llamó la doctora, quien le puso una inyección con anestesia para poder sacarle la bala. Él, acostado en una camilla grande con una luz que le daba en todos los ojos, una mesita al lado con un poco de jugo de mora y una ventana

grande ubicada al lado derecho, empezó a ver borroso hasta llegar al punto de dormirse.

Al despertar se encontró en una habitación grande, con 2 sillas al frente de la camilla con su familia sentada allí; mientras hablaba con ellos, la doctora agarró el teléfono y llamó a la policía.

- Buenas tardes, para informarles que tengo en la clínica a un hombre herido con una bala entre las cejas, y me parece muy raro.

Cuando llegó la policía, interrogaron a Cristian y se lo llevaron detenido para Bellavista por ocho días. Más adelante, lo condenaron a dos meses y cinco días por hurto agravado y calificado.

A esta cárcel, ubicada en el municipio de Bello, llegan entre 15 y 20 reclusos cada día. Allí, en los muros de cemento, con una puerta en el centro y cámaras junto a los alambres de púas alrededor de los muros, dejan ver extendida sobre los barrotes blancos una variedad de ropa de los reclusos y se escucha mucha bulla.

Cuando entró lo registraron y lo mandaron para el patio dos. Allí el piso es de cemento, las paredes son de color blanco, con pequeños muros pintados de verde claro, algunos reclusos compran sábanas y las cuelgan de los barrotes blancos creando una hamaca para poder descansar, a los otros reclusos les toca dormir en el piso, ya que la sábana vale cinco mil pesos. Los que tienen dinero pueden comprar una pieza, por la que pagan un arriendo de 2 millones. Cristian es uno de esos, duerme con cuatro reclusos más en la celda, tiene en su pieza un televisor negro, camas muy cómodas con cobijas de color gris y motas.

Los barrotes son cerrados con candados grandes para evitar algún escape, los corredores son largos y llenos de reclusos. A las seis de la mañana reparten el desayuno, a las diez el almuerzo y la comida a las dos y media; los alimentos son repartidos por los mismos reclusos como labor para disminuir la condena, otros trabajan limpiando baños, cocinando. Otros estudian.

Todos los días ve que todos sus compañeros compran drogas y alcohol y consumen en el patio. Cada vez que entra algún celador uno de los reclusos grita:

- ¡GUARDIA EN LA PRIMERA!

Esto es un llamado para que oculten todo lo que está prohibido tener como drogas, alcohol, armas, etc.

Los patios están llenos de ratas gigantes entre las basuras, acostumbradas a vivir con los reclusos. En cada patio solo hay un guardia que cuida a 1.500 presos, quien es reemplazado después de unas horas por otro compañero. Estos sólo tienen un bastón negro.

Cuando pasan dos meses y tres días, Cristian sale y comenta que sintió “una alegría impresionante porque quiero cambiar mi vida, tengo una segunda oportunidad”. El padre llega y le da un fuerte abrazo diciendo:

- Hijo cambia, es para tu bien; mira tu madre reza día y noche para que tú cambies, hazlo por ella y por mí.

Cristian no comenta nada y le sonrío, la madre también se sonrío y le da un abrazo diciendo:

- Te extrañé mucho.

Todos creen que él va a cambiar, que será un hombre nuevo, pero no saben que la vida le va a dar otro giro.

Despertando al gigante interior

- Buenos días
- ¿Qué desea?- respondió un señor con voz grave.
- Me voy a entregar.
- ¿Qué delito cometió?, preguntó
- Hurto agravado y calificado. Me encuentro en el parque de Aranjuez.
- ¿Cómo se llama?
- Cristian Vásquez.

- Listo señor, ya vamos en camino y muchas gracias por tomar una buena decisión.

Cuando vio llegar a la policía, Cristian puso las manos atrás y se dejó esposar, en el juzgado lo condenaron a 15 meses y 8 días por confesar el delito. Al llegar al presidio se encontró con pocos compañeros porque los otros ya habían cumplido su pena.

- ¿Por qué estas otra vez aquí?
- No, yo decidí entregarme por hurto agravado y calificado.
- Parece usted si es mero bobo, ¿cómo se va a entregar?
- Tenía que hacer lo correcto, mi familia está alegre porque estoy haciendo lo correcto.
- ¡Uy parece! Y uno queriendo salir de aquí y usted se mete solo. Mis respetos.

Un día por la mañana llega el periódico El Colombiano diciendo que en la universidad Luis Amigó van a dar becas para estudiar. Escogen a Cristian y a varios internos por destacarse en ese tiempo en la prisión y porque los ven muy motivados para salir adelante. Cristian quiere salir y empieza a trabajar como profesor de lectura para disminuir la condena. En un salón grande con 60 sillas, con internos allí y una mesa enfrente de ellos hablan sobre los libros leídos.

Esos meses en la cárcel hacen de Cristian un hombre nuevo porque quería salir de esa vida injusta y sin felicidad. Cuando salió dijo: “Eso no tiene nombre porque es volver a recuperar la libertad, es lo más grande que me ha pasado en la vida”. Cristian mira para atrás suspirando y olvidando lo que pasó allá adentro y todo lo que cometió, después se voltea y se marcha a la casa de su madre feliz porque salió con una mentalidad nueva.

¡BIENVENIDO A LA LIBERTAD, ERES UN HOMBRE NUEVO!, es el letrero que le tienen en la casa: una sorpresa con bombas de colores y con mucha comida de pollo, gaseosa y papas fritas para festejar la salida de la cárcel. Hay amigos y toda la familia, ponen música salsa y empiezan a bailar.

La gente sí cambia

Es de madrugada, a las 4:30 a.m., es su primer día en la universidad, Cristian sale de sus cobijas y se mete a bañar, se pone un buzo de color negro y un jean básico con unos zapatos negros, se asoma en el espejo y se echa gomina en su cabello, agarra las gafas y se las pone y sale.

Es muy grande, tiene una carretera larga y una acera, paredes de color gris y un logotipo grande del mismo color con el nombre: "Luis Amigó Fundación universitaria" y alrededor palmeras en hilera. Tiene clase todos los días desde las 6 de la mañana hasta las 5 de la tarde, estudia en un salón grande con aproximadamente 50 sillas negras y cafés, la baldosa es de diseños negros con marrón y las paredes de color blanco.

Cristian estudió por 5 años y se mudó con su esposa que también es psicóloga profesional y tienen un niño de 11 años y una niña de 6 años, los niños son delgados y de cabello oscuro, ojos muy bonitos de color café, son muy tiernos y admiran y valoran mucho a su padre. Ahora es un hombre sano que busca a Dios, es administrador de una sede llamada "Corporación La Comunidad" ,un grupo de oración y es psicólogo profesional junto con su esposa. Cada día le ruega a Dios no volver a cometer los mismos errores, pues se dice a sí mismo que el pasado sí perdona.